

## EL DÍA QUE EL ABUELO PERDIÓ LA CABEZA

Nuestra casa no era distinta de las demás que había en el pueblo. Laberintos hundidos entre piedras superpuestas, escondite de lagartijas, arañas y roedores, tejas descoloridas bajo el sol, ventanas y puertas de madera, un corral con algunas gallinas viejas, y la vieja motocicleta del abuelo descansando en el pajar. Eso sí que la hacía ser especial. Siempre nos contaba que se la había comprado a un gitano durante la guerra y que desde entonces nunca se había separado de ella, ni siquiera cuando no tenía para comer. Lo único que le permitía mantener la cabeza en su sitio cada día era pensar que saldría vivo de aquella barbarie y que pronto recorrería el mundo montado en su querida motocicleta. Y lo hizo. Pero algunos años después, de vuelta en España, se enamoró, se casó y volvió al pueblo donde había nacido a cuidar a sus padres, ya mayores, con su esposa, y a hacerse cargo de las tierras que ellos habían trabajado toda su vida.

En aquél momento, sentado en el suelo, frente a la motocicleta, observaba fascinado cómo ésta se erguía desafiante y orgullosa bajo la sombra del enorme tractor que mi padre había traído el verano pasado, de color verde. Llevaba años ahorrando para comprar uno, las labores del campo se hacían muy pesadas, y cada vez había menos vecinos para echarle una mano. Ni siquiera iban ya los jóvenes que antes se acercaban por allí para ganar un poco de dinero con el que pasar el verano ayudando en la cosecha. Desde que el tractor había hecho su aparición en nuestra casa, yo salía más contento aún de la escuela y corría todo el camino de vuelta para llegar a tiempo de ver a mi padre terminando sus faenas en el campo. Me encantaba verle en el horizonte sobre su tractor, como si de un gran barco se tratara. Desde lejos le hacía señas con los brazos y saltaba emocionado para que me viera. Todos los días se repetía la misma escena, no me cansaba de esperarle impaciente. Algunas veces, mientras se acercaba, me entretenía retirando piedras olvidadas en los surcos preparados para plantar la remolacha, otras

buscando lagartijas, dormidas incautas a pleno sol, y otras me limitaba a verle acercarse, poderoso, como un gigante insolente, seguro de sí mismo. Mi padre se paraba a mi lado y sin apagar el motor me subía sin esfuerzo con su fuerte brazo y me sentaba entre sus piernas para que pudiera conducirlo un rato. En ese instante, yo le decía lo mismo una tarde tras otra, una y otra vez: que quería trabajar en el campo, como él, y como el abuelo. Y con una mujer como mi madre, que trabajaba más que ninguno porque después de ayudarles, volvía a casa a preparar la comida y nos esperaba entre cazuelas y panes recién hechos, y una enorme sonrisa que atravesaba su cara como un sol.

A veces mi padre se ponía triste, porque no sabía si iba a ser capaz de darnos una educación a mi hermana y a mí como la que él quería que tuviéramos. Pero nosotros le decíamos que no se preocupara, que éramos felices así. Que no queríamos irnos a ningún otro lado. Entonces nos enseñaba, sentados alrededor de la mesa de la cocina, libros con fotografías de personas importantes, de amigos que había dejado él en el camino, cuando a él el abuelo le había mandado a estudiar a la universidad. Ahora todos ellos eran médicos o ingenieros. Por eso quería que nosotros tuviéramos la oportunidad que él no había tenido. Porque él renunció a todo por continuar la vida que sus padres, y antes sus abuelos, habían elegido. No se arrepentía de aquella decisión, pero siempre repetía que las cosas habían cambiado y que ahora el futuro no estaba en el campo. Quería para mí la carrera de derecho, y para mi hermana la de veterinaria, o de profesora, o de lo que fuera, pero alejada del pueblo. Asentíamos con la cabeza, para no defraudarle, pero por dentro, los dos teníamos muy claro que no queríamos irnos de allí. Ni siquiera nos daban envidia los niños de la clase que al llegar el verano se iban a pasar unos días a la playa. No creíamos que existieran mejores vacaciones que aquéllas que transcurrían entre los trigos, y los juegos en el río.

Una noche, después de cenar, cuando ya estaba acostado en mi cuarto, escuché a mis padres hablando en susurros. Conseguí entender algunas palabras sueltas, pero sobre todo, que tendríamos que aceptar la invitación de irnos a vivir en septiembre a casa de los tíos. Lloré durante mucho rato, sin consuelo, hasta que poco a poco me fue venciendo el sueño. Me dio tiempo a echar un último vistazo a mi alrededor antes de cerrar los ojos, siguiendo una especie de ritual secreto, cogiendo fuerzas para comenzar la más dura batalla de mi vida: cambiar un destino con el que no estaba nada de acuerdo. En la penumbra distinguí la mesa de pino y la silla en la que me sentaba a estudiar en época de exámenes, o cuando pintaba acuarelas con el abuelo. Yo quería publicar un libro, el abuelo siempre me decía que él me ayudaría con las ilustraciones, pintaba muy bien. Me gustaba el carácter del abuelo, se lo tomaba todo con calma. Y nunca se aburría. Miles de arrugas, millones, surcaban su cara. Yo siempre tenía la sensación de que iba a vivir muchos años. Tenía aún muchos pájaros en la cabeza que cuidar. Siempre se lo decía, muy serio, y él me daba la razón. Recorrí de memoria las baldas en la pared con libros, cuidadosamente encuadernados por mi madre para que duraran más tiempo, y el cuadro de la Virgen en la pared. Fue como recibir un mensaje claro, justo a tiempo. Me pareció ver que me sonreía. Y yo sonreí también. Ya estaba dormido. Ya sé, mañana hablaré con mi profesor. Él sabe siempre cómo solucionar los problemas, por grandes que sean.

Los desayunos eran siempre lo mejor del día, una buena hogaza de pan cortada con las manos limpias de mi madre, un chorrito de aceite por encima y algo de jamón curado de la despensa de casa. Para beber, un gran vaso de la leche que nos vendía Aurelio. Salí cantando de casa. Por el camino me fui encontrando como cada día con mis compañeros, no éramos más de veinte. Nos juntábamos de dos o tres pueblos de alrededor. Hacía algunos años había una escuela en cada uno, pero se habían cerrado ya.

La del nuestro, ahora, se había convertido en una residencia de ancianos. Mi madre decía que se habían puesto de moda, y que el señor que la había abierto estaba ganando mucho dinero.

Vi a Ramón, que como siempre iba más despacio que el resto porque su cojera no le permitía ir al mismo paso. De pequeño le tuvieron que operar, y casi se queda en silla de ruedas. Y a Tomás, que como siempre iba jugando con su balón de fútbol, y a Enrique, que iba haciendo rabiar a su hermano pequeño, ya casi más alto que él. Ana y yo corrimos a saludar a Carmen, nuestra prima, que llevaba unos días mala con sarampión. Entramos todos juntos en clase, y cuando vi a Don Antonio, de pie detrás de su mesa, me acerqué y le dije que al final de las clases quería hablar con él de una cosa muy importante. Asintió con la cabeza muy serio. La mañana pasó muy lenta, y a pesar de que ese día nos enseñó muchas cosas interesantes sobre animales y su ciclo de vida, no conseguía concentrarme. No me podía imaginar otra vida mejor que aquella. Con los juegos en la charca, las búsquedas interminables de especies raras, las persecuciones de vuelta a casa al salir de clase, la moto del abuelo en el pajar, el tractor verde, el sol sobre mi cabeza pegando tan fuerte que a veces casi podía sentir cómo se derretía, saltar en la fuente de la plaza para refrescarnos, a escondidas... hasta las duras heladas y las nieblas de madrugada me resultaban emocionantes.

En cuando tocaron la campana que anunciaba el fin de las clases, me acerqué a Don Antonio que me esperaba borrando la pizarra. Me dio una palmada en el hombro y me invitó a sentarnos debajo de la morera que había junto al gimnasio. Teníamos hambre así que decidimos dejar la conversación para después y nos dedicamos durante unos minutos a compartir los bocadillos y un par de manzanas. Colgado de las ramas de aquel árbol siempre había un botijo con agua fresa. Nos interrumpieron muchos niños que querían beber y también, por qué no, enterarse curiosos de nuestra conversación,

pero Don Antonio les espantaba divertido. Cuando terminamos, me miró a los ojos esperando a que le contara.

- Don Antonio, anoche escuché a mis padres decir que no tenemos dinero, y que como las cosas no mejoren, tendremos que irnos nosotros también de aquí.

Sentí como se me llenaban de nuevo los ojos de lágrimas. Al oírme hablar se hacía más presente mi angustia. Y más aún cuando vi la mirada preocupada de aquél hombre, siempre serena. En seguida me tranquilizó con su voz.

- Mira Luisito, hace meses que quiero proponerle a Don Alfonso, el alcalde, que pongamos unos molinos en el pueblo.

No dejé terminar la frase a Don Antonio. Se rió al ver mi cara impaciente.

- ¿Molinos? Y qué tiene que ver eso con lo que le estoy diciendo.

- Muy sencillo. España va perdiendo población en las zonas rurales, en perjuicio de su agricultura, sus valores y costumbres, e incluso de su patrimonio arquitectónico y artístico. Gente como tus padres que ahora no ven futuro a las labores que han venido realizando desde hace generaciones, que no tiene medios para sostener un nivel de vida cada vez más caro, y que quieren que sus hijos vayan a la universidad. Pero ese medio rural que todos los habitantes de Villafraila componemos, representa el 90% del territorio español, y a un tercio de sus ciudadanos, además de abarcar la práctica totalidad de los recursos naturales del país y una muy significativa parte de nuestro patrimonio cultural. Por eso, debemos intentar que no se destruya.

De pronto me sentí bien. ¡Mi presencia en el pueblo era importante!

- Pues mira Luisito, podemos aprovechar lo bueno de la naturaleza y lo bueno que ha creado el hombre con sus conocimientos, y aplicarlo para el bien de todos. Se ha creado una ley hace unos meses que permitirá que aquéllas personas que tengan tierras, en zonas propicias para ello como es ésta, puedan instalar molinos de viento que produzcan

una energía conocida como energía eólica, una de las muchas energías renovables que existen hoy y que van a utilizarse ahora y cada vez más en el futuro. El gobierno ayuda a esas personas para que puedan llevar a cabo el proyecto aunque no cuenten con todo el dinero necesario para la primera inversión. De esta manera salimos todos ganando.

- ¿Cómo?

Cada vez me gustaba más la idea. Don Antonio había dicho dos palabras claves en la conversación: futuro y dinero. Así sí se lo podría vender a mi padre.

- El gobierno porque los ciudadanos se involucran en sus políticas y le ayudan a que España no dependa tanto de otros países para abastecerse de la energía que consumimos a diario; los ciudadanos como tú y como yo porque sacamos un beneficio económico con la inversión, reorientamos parte de nuestra producción a otros fines que no sean los agrícolas, así que no dependemos en exclusiva de que ese año sea bueno o malo, llueva o no, de la demanda o de la oferta, y sobre todo porque ponemos nuestro granito de arena para un futuro cada vez mejor para todos.

- Pero esos molinos ya existen desde hace muchos años. Yo los he visto.

- Éstos tienen un fin diferente. Sirven para convertir el viento en energía con la que luego encenderemos la luz y haremos otras muchas cosas. Los antiguos servían para moler grano en la mayoría de los casos, o para sacar agua. Pero sobre todo, éstos, harán que no contaminemos el planeta tanto como ahora. Ayudarán a reducir la emisión de gases de efecto invernadero, que son los que provocan el aumento del agujero en la capa de ozono.

Escuchar hablar a Don Antonio me hacía bien. Ahora veía el horizonte con más ilusión que esa mañana. Lo malo iba a ser contárselo a mi padre. No porque él no fuera capaz de imaginarse las cosas, de hecho siempre había tenido fama de ser un hombre de ideas avanzadas en el pueblo, pero ¿y si aquello no funcionaba?, a lo mejor consideraba que

era demasiado arriesgado. Nunca habíamos hecho otra cosa más que sembrar y recolectar lo sembrado. Año tras año. Me levanté de un salto. Don Antonio aceptó encantado acompañarme a casa para contárselo conmigo. Sonaba poco creíble en las palabras atropelladas de un niño emocionado. El camino de vuelta se me hizo eterno. Ana había ido un rato antes acompañada por el resto de los niños.

La puerta estaba abierta. Mi madre ofreció a mi profesor un vaso de limonada recién hecha, y unas pastas que ella misma preparaba todas las semanas. Mientras esperábamos a que mi padre llegara del campo, el abuelo asomó la cabeza por la puerta, encantado de recibir visita. La conversación se alargó hasta pasadas las seis, hora a la que oímos el ruido del tractor llegar al pajar. Yo esperaba nervioso sentado en el banco de madera bajo la ventana, junto a mi madre, que me miraba buscando una explicación.

Fueron unos meses de larga espera, negociaciones, papeleos, dudas, preguntas. Pero al final se llegó a un acuerdo con la administración pública. Seríamos el primer pueblo en autoabastecernos de energía renovable de España. En unos meses traerían los primeros molinos. Había visto fotografías de cómo eran. Daban miedo. Eran muy altos, y muy, muy feos. Mi padre había decidido dedicar la mitad de sus tierras para su instalación, al igual que muchos de los vecinos. Contento como no le había visto nunca, se fue unos días a casa de su hermano, el médico, y volvió satisfecho con sus investigaciones. Iría un paso más allá. Esa noche nos reunió en la cocina, frente a un plato de estofado de carne con patatas, y nos expuso su decisión de desarrollar un proyecto de agricultura ecológica en la otra mitad de sus tierras. Con el apoyo económico del tío, todo su trabajo a partir de ahora se basaría en promover una agricultura que llamaba suficiente y compatible con un desarrollo rural sostenible. Por tratarse de una zona rural de alto valor medioambiental, también podría acogerse a ayudas del gobierno. El resultado era imprevisible, pero sonaba bien. Y sobre todo, había devuelto la ilusión a casa.

Llegó el gran día y con él una fila de camiones al pueblo, y cámaras de televisión. Era la primera vez que veíamos de cerca una. Y mucha gente nueva. Yo salí hablando en un programa que después vimos todos reunidos frente a la televisión de casa de Aurelio el lechero. Me puse nervioso al explicar cómo Don Antonio y yo habíamos pensado en todo aquel lío, y hablé emocionado de la vida en el pueblo, y de cómo se habían marchado muchos de sus habitantes en estos años. También salió el abuelo, y mi padre. Mi madre no quiso, y se sentó prudente en un banco de la plaza sonriendo orgullosa. No todos en el pueblo estaban de acuerdo con aquello. Algunos consideraban que era una violación de nuestra intimidad. Otros que era un engaño. Otros que iba a estropear nuestro paisaje. Pero no nos importaba. Estábamos haciendo aquello para salvar el pueblo y a nosotros. Y como decía Don Antonio, aportando nuestro granito para salvar el planeta. Sonreía al pensar en aquello. Y mi últimas palabras en la televisión fueron dirigidas a la importancia de promover un desarrollo sostenible. Cuando apagaron las cámaras, el señor que nos estaba grabando me preguntó qué era aquello. Y yo contesté muy serio: Que nosotros podamos vivir aquí hoy, en Villafraila, y también mañana. Y nuestros hijos si quieren.

Fueron las primeras palabras que se me ocurrieron, pero para mi tenían un significado muy especial. Cuando me di cuenta del día que era, 3 de septiembre, recordé que era la fecha que mis padres habían fijado hacía meses para irnos a vivir a la ciudad. Pero ya no era necesario. Ésa seguía siendo nuestra casa. Y la de nuestros hijos, nos había dicho mi padre dirigiéndose a Ana y a mí aquella mañana con orgullo.

Una buena mañana de mayo, a punto de cumplir los diecisiete años, me levanté temprano para estudiar. Quería sacar buenas notas para ingresar en la carrera de ingeniería en poco tiempo. Me duché, y preparé la mesa de mi cuarto con los libros y los apuntes que había tomado en clase. Desde la ventana de mi cuarto veía el pajar, y

me acordé de que tenía que dar de comer a Dimas, el perro, porque hoy mi madre se había ido a primera hora a comprar unas cosas a otro pueblo. Cuando salí, algo llamó mi atención. Faltaba algo de la escena que cada día me recibía al cruzar aquél pórtico de madera. Todo estaba en su sitio, incluido Dimas saltando sobre mí. La motocicleta del abuelo. No estaba apoyada en el sitio de siempre. Extrañado miré a mi alrededor. A veces, limpiándola o poniéndola a punto, el abuelo la cambiaba de lugar durante unas horas para continuar después del almuerzo su tarea. Pero seguí sin verla después de revisar todos los rincones posibles. Di la vuelta y atravesé la cocina. Al abrir la puerta recibí en la cara un golpe de viento muy fuerte. Me alegré por los molinos, estarían funcionando a su máximo rendimiento. Desde que los habíamos instalado no habían hecho más que darnos alegrías. Habíamos amortizado la práctica totalidad del préstamo que nos había concedido el banco para desarrollar el proyecto. Eso, unido a los buenos resultados de los últimos años de la agricultura ecológica que mi padre había ideado, hacían que no pudieran estar yéndonos las cosas mejor. Inmerso en mis pensamientos había empezado a caminar sin rumbo fijo. Mis pies recorrían solos el camino que llevaba hasta la plantación de molinos. Llevaba días sin visitarlos, no tenía casi tiempo para salir de casa con los exámenes que estaban a punto de empezar. El ruido lejano de una motocicleta me despertó de mi ensueño. Miré a lo lejos pero no vi nada. Aceleré el paso asustado. Un presentimiento me invadió de golpe. El abuelo.

Distinguía una figura en el horizonte, en movimiento. No podía ser otro. Sería capaz de reconocer su cuerpo entre un millón, con su espalda encorvada, sus brazos aún fuertes, su cabeza cuadrada, y sobre todo, la seguridad con la que avanzaba sobre aquél trasto, más viejo casi que él. Comencé a correr detrás. Pero no conseguía alcanzarle. Y de pronto grité horrorizado. Iba directo hacia uno de aquellos pies de acero, gigantes columnas alzadas al cielo. La velocidad que había alcanzado era muy superior a la

recomendable en un camino con tanta piedra. Le llamé. ¡Abuelo! Pero avanzaba impasible. En su mano derecha blandía su bastón como un picador recibiendo ansioso la embestida del toro. Cada vez era menor la distancia que les separaba, y cada vez mayor la seguridad de que no pararía.

Nunca olvidaré al abuelo. El Quijote de Villafraille le llamaron a partir de entonces. No murió ese día. Ni siquiera el siguiente. El golpe fue considerable. Una herida grande en la frente y dos costillas rotas. Lo peor fue que cuando llegué a su lado no encontré ni rastro del orgulloso caballero que hasta entonces había conocido. Su motocicleta yacía destrozada a su lado, con la rueda delantera aún girando, pero sin ir a ninguna parte. Ese día había perdido su memoria, y con ella su identidad. No reconoció las caras de ninguno de nosotros cuando le acompañamos al hospital, ni los días posteriores que esperamos a su lado hasta que le dieron el alta. Nunca volvió a ser el mismo. Sólo hubo una cosa, la tarde de su muerte, casi un año después, que me hizo pensar que se estaba despidiendo de mí. Sus ojos. Brillaron como antes. Como cuando era niño y me enseñaba a construir marionetas con cajas de cartón.

Fue el día que el abuelo perdió la cabeza, y no aquel en el que moría, el día que supe cuál sería mi destino en la vida. Enseñar a otros la importancia de la vida en el campo, en los pueblos, a respetar la naturaleza. Cada vez que daba clase en los institutos, en la universidad, cada vez que escribía un artículo, lo pensaba y no encontraba la conexión entre aquella sensación de felicidad que me invadía al ofrecer a los demás mi experiencia y conocimientos y la horrible escena de mi abuelo chocando contra aquél molino, pero sin más entendí que uno muere el día que deja de encontrar sentido a su vida. Y el mío empezó con aquél instante.